

EL
ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*La Hija*, poesia, por don E. Llofrin y Sagrera.—*Las Perlas*, por el Vizconde de San Javier.—*Los deseos*, (continuacion), por Mr. Emilio Souvestre.—*Crónica de Paris*, por don Jerónimo Lafuente.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Labores*, por Pamela.

Con este número se reparte un pliego de dibujos y el noveno del tomo quinto de la *Galería de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XXV.

LA SEÑORA CATALINA Á LA CONDESA.

Urrea, mayo de 18...

Ya se han ido, señora! ya he quedado, como quien dice, sin luz en los ojos, sin calor en el corazon! y en tal estado le escribo para decirselo, ó mas bien, le escribe mi buena amiga doña Casilda, la hermana del señor cura, á la que usted conoce y aprecia tambien.

Podian haber escrito esta carta, mi marido, mi hijo Santiago, ó su mujer María, porque todos, aunque no muy bien, saben escribir: pero ¡ay, señora condesa! me dirian que estaba loca, ó si no me lo decian porque mi marido me quiere mucho para disgustarme, y mis hijos me respetan demasiado, lo pensarian, á lo menos, si les dictase lo que con toda confianza dicto á doña Casilda: esto es, que la luz de mi casa son, y ahora lo conozco, Juan y Mélida! que los demás son nada comparados con ellos!

Señora, mil y mil gracias por haberme dado á su hija: tanto la quiero como si fuese mia, y

no digo mas, porque lo que mas se quiere en el mundo son los hijos: ¡qué buena, qué dulce, qué humilde es! cómo sabe conllevar los genios de todos, perdiendo de su derecho por complacer á los demás! cómo respeta todos mis gustos y los de mi marido! qué amor tan lleno de consideracion á Juan! siendo ella tanto mas que él, parece que le respeta como á lo mas grande y hermoso que conoce: algunas veces, al verla, me acuerdo de aquella gran reina, llamada Isabel la Católica, que dicen que respetaba á su esposo D. Fernando como á su dueño y señor, siendo así que ella le aventajaba en valor y sabiduría.

Mire V. señora, yo queria que mi hijo mayor fuese labrador como su padre: me habia arrepentido de dejarle estudiar para abogado: pues bien, Mélida nos ha convencido, con esas dulces palabras que Dios ha puesto en sus labios, de que no todos los hombres nacen para lo que sus padres los destinan, y que los que son buenos para una cosa, no son buenos para todas, y le hemos enviado á la ciudad á estudiar: y no es esto lo mejor: sino que en otra ocasion cualquiera, yo, aunque hubiera accedido, me hubiera enfadado despues conmigo misma, por mi flaqueza, y me hubiera quejado de que me robaba á mi hijo su mujer: y es tan entrañable el cariño que le tengo á Mélida, que no la acuso y antes digo:—cuando ella lo ha querido, bueno será sin duda—

Mélida se ha negado á admitir el importe de una cantidad de pinos que mi marido hizo sacar de su pinar, porque convenia aclararlo: dieron 6,000 reales y me dijo que los pusiera en el fondo comun, y que no queria que *su padre* (así llama á Matias) fuese solo su administrador.

La pension que V. le envia, y lo que dan sus bienes, todo lo gasta en regalos para nosotros, en comprar algunos muebles elegantes y cómodos para la casa, y en arreglar la suya: señora condesa, puedo decir que Mélida nos ha educado á todos, y que hasta á mí y á mi marido, toscos ancianos aferrados á nuestras costumbres, nos ha hecho mas personas decentes de lo que éramos antes.

¡Ay! qué triste y abatida he quedado desde que mis hijos se han ido á la ciudad!

Las palomas y los pollitos sienten su ausencia y llaman piando á Mélida: todos la nombran y darian lo mejor que tienen porque volviera!

Por fortuna, los chicos vendrán todos los sábados y se volverán á marchar los lunes por la mañana: ¡qué alegría cuando vea la tartana que los conduzca á mi lado!

Pero tambien, ¡qué tristeza cuándo se vuelvan á marchar!

Me va á suceder como á las muchachas que tienen baile los domingos: que toda la semana pasan arreglando los trapitos para él y para lucir mas que sus compañeras: á mí me sucederá lo mismo: mi fiesta son mis hijos: me pasará la semana esperando el bendito sábado: un dia, discutiré un plato que les guste: otro dia, compraré algo nuevo para su cuarto: otro, les daré calcetas muy finas, hechas por mi mano con gran secreto: el sábado por la mañana haré para su habitacion grandes ramilletes de flores, de las que mas le gustan á Mélida: y luego muchos dias de entre semana, me iré á pasarlos con ellos, y me llevarán por la ciudad, y yo, que allí conozco mucha gente, iré, llena de alegría y de orgullo, diciendo á mis amigos:—aquí están mis hijos: mi Mélida: que es hija de toda una señora marquesa, y es además una señorita de las mas altas prendas y que hace honor á su clase.—

Aquí se ha quedado con nosotros el señor conde de Peñafiel, su yerno de V., otro jóven de los mios, *ó de los nuestros*, como yo digo, pensando en V.: quiso primero irse con mis queridos muchachos á la ciudad: luego se arrepintió, porque á mí parecer no está bueno de salud, segun él dice y segun se le conoce: su

palidez es terrible: sus ojos, tan hermosos y de tan dulce mirada, están profundamente tristes: se pasea solitario por los parajes mas escabrosos y por los límites del bosque: apenas duerme, porque á cualquiera hora de la noche se le puede ver en el jardin.

Yo le pregunto lo que tiene, y me dice que nada y que está muy bueno; ¡muy bueno! eso es imposible, porque la cara le denuncia: á mí no me puede engañar.

Yo le insté á que se fuera algunos dias al lado de los muchachos: pero, aunque al pronto pareció decidirse á ello, despues se arrepintió y dijo que se quedaba.

Tambien ha aparecido por aquí la buena prenda de Valentina, y—sea dicho entre nosotros,—creo, señora, que viene en busca del conde, porque se hace la encontradiza cuando él se pasea solo: todo se puede creer de esa mala hija: ella se ha casado con un marqués, pero sus propiedades son de moza de meson: yo por mí no la puedo tragar; la muy desalmada no ha ido ni una vez siquiera á casa de sus padres, y cuando estos van á verla, les recibe de mala gana: si fuera hija mia, no habia de pensar en que vivia y renegaba de ella: yo, en el lugar de usted, trataria de sacar de aquí al conde, porque tanto puede ir el cántaro á la fuente que se rompa, y al fin esta muchacha es por desgracia la mas hermosa que ha visto la luz en este pueblo, desde que yo me conozco: el hombre bueno no busca; pero el mejor no resiste si es buscado: y la verdad, sería un dolor que su hija de V., tan buena y tan linda tambien, se quedase sin su marido porque se lo robase esta buena pieza.

Anoche vino el conde muy cabizbajo de su paseo, y yo le dije:—Señor conde, á V. le hace mucha falta un hijo.—Sí, repuso él: ojalá que Dios me lo envíe!—y quedó callado, no hablando mas palabra hasta que nos retiramos cada uno á su cuarto.

Adios, señora y amiga: puedo darle este nombre, porque le hablo con toda la confianza de una igual: perdone esta franqueza á la que es además su servidora

CATALINA.

(Se continuará.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.

LA HIJA (1).

A la señorita doña Javiera Morales y
Barona.

—Qué tienes, madre del alma,
Dulce aliento de mi vida?
—Ven á mis amantes brazos
Risueña esperanza mía.
No hay en el mundo quien pueda
Arrebatar me esta dicha:
Tú eres buena como un ángel
Que á la tierra el cielo envía.
Si del pesar negras sombras
Por mi mente se deslizan,
Tus ojos humedecidos
La negra sombra disipan.
No hay consuelo como el tuyo,
Ni rayo como el que brilla
En el azul de esos ojos
En que tu madre se mira.
Murió tu padre há tres años.
Café enferma, pobre niña,
Y tú, buena como siempre,
En nuestra triste guardilla
No dabas tregua al trabajo
Ni de noche ni de día.
¡Qué bueno es Dios que concede
Tales ángeles por hijas!
¡Qué bueno es Dios que mi angustia
Con tus consuelos mitiga!
—Madre, calla: mi conciencia,
Que estará siempre tranquila,
Es el premio que dá el cielo,
Con él basta, madre mía:
Con él tendré fortaleza
Hasta que acaben mis días,
Y él hará eterna en mi pecho
La santa fé que lo anima;
El, y tu amor que es la estrella
Que me ha de servir de guía.
Tú lo sabes, tus consejos
Mi buen sendero iluminan
Como el faro que al piloto
El puerto seguro indica.
No doy un paso en la tierra
Sin que lo sepas, y escritas
Llevo siempre en la memoria
Las frases de despedida

(1) Esta composición forma parte de la colección de poesías que, con el título de *La paz del alma*, publicará en breve su autor.

Que en sus últimos momentos
Mi buen padre repetía:
—«Amaos con toda el alma,
Sed mútuo apoyo en la vida;
Que es el amor de la madre
Plácida aurora divina,
Flor que los ángeles mecen
Cuando en la noche suspiran.
Y cuyo mágico aroma,
Que los cielos santifican,
Es la cándida pureza,
Es la virtud de las hijas.

E. Llofríu y Sagrera.

LAS PERLAS.

Veis, amables lectoras, esas perlas que adornan vuestros cuellos de alabastro, y que hacen resplandecer mas vuestra hermosura? pues bien, esas perlas no se adquieren sino con muchísimo trabajo; son el producto de una enfermedad de un animal, y antes de que lleguen á vuestras manos, pasan por otras mil, y muchas veces su pesca, porque para adquirir la perla es necesario pescarla, suele ocasionar la muerte de un buzo pescador.

Ahora voy á contaros de dónde viene la perla, cómo se coje, y las preparaciones que necesita para ponerse en el estado en que llega á vuestras manos.

Tal vez cuando entreis en un salón espléndidamente iluminado, al ver los magníficos aderezos y collares de perlas conque irán adornadas vuestras amigas, ó cuando recibais un regalo de perlas de vuestros padres, de vuestro hermano ó de vuestro novio, dareis gracias y os acordareis del que os escribe y os dedica estas líneas para daros á conocer lo que son las perlas y lo que cuesta adquirirlas.

Se encuentran las perlas en diferentes especies de conchas, de las que unas pertenecen á las ostras, y otras á las almejas. Ordinariamente cada concha tiene mas de una perla, y aun algunas veces una sola contiene tantas, que es imposible que el animal que está encerrado dentro, pueda vivir. Pero entre todas las perlas que se hallan encerradas en la misma ostra, ordinariamente no hay mas que una que sea de

un tamaño y hermosura notables, y por esta razón es mas estimada. Las perlas se encuentran en todas las partes carnosas del animal.

Créese que las perlas se enjendran en estos animales por una enfermedad, semejante á la de la piedra en el hombre, y otros mamíferos. El hombre, para satisfacer sus gustos, su lujo, y muchas veces sus mas frívolos caprichos, se adorna con las perlas, y á pesar de todo es preciso confesar que en esto se conoce muy bien su maravilloso instinto. Pero ¿porqué ha de costar tantas fatigas á los pobres pescadores la adquisición de un objeto de tanto lujo?

Las ostras y las almejas, que contienen la perla, se encuentran en todos los mares del universo, y aun en algunos rios de Sajonia. Las perlas, es decir, las que se hallan en los animales mas enfermizos y delicados, se pescan en los mares del Asia, y principalmente en el golfo Pérsico, y tanto por ser mayores que las demas, como porque son mas brillantes y mas buenas, se llaman perlas orientales, y se adquieren á mas subido precio.

Como estas ostras se encuentran en lo mas profundo del mar, y están fuertemente incrustadas en las rocas submarinas, sin cambiar nunca de sitio, la pesca es espuesta y trabajosa; pero acostumbrados los buzos desde su infancia á permanecer algunos instantes debajo del agua, sin respirar, los hay que subsisten privados así del aire hasta un cuarto de hora.

(Se concluirá).

El Vizconde de San Javier.

LOS DESEOS

POR

EMILIO SOUVESTRE.

(Continuacion.)

Antonio manifestó, sin embargo, que él no se atrevia á proponérselo.

—Es capaz de calificarme de descontentadizo, dijo, sin comprender que lo que le pido es tan provechoso para la quinta como para mí. Si yo tuviese dinero, ya lo hubiera yo construido sin necesidad de nadie; pero, amigo, los pobres están obligados á guardarse sus buenos pensamientos.

—No os inquieteis por eso, dijo el destajista, que no comprendia que se pudiese emplear mejor el dinero que en construcciones; yo hablaré del asunto con Mr. Favrol, y haré que se decida.

Antonio le animó con energía, y le rogó que le participase lo mas pronto posible la respuesta del propietario.

Así que se quedó solo, se puso á dar vueltas á las ideas del maestro de obras, que habia admitido ya como suyas, y á calcular todo el provecho que semejantes construcciones le debian reportar. Gracias al cobertizo, podria resguardar de la lluvia los útiles de labranza que tenían que estar á la intemperie: el ensanche de los establos le permitiria aumentar el número de animales que destinaba á cebar para venderlos despues, y la escavacion para el estercolero utilizaria todas las emanaciones del corral. Realmente estos trabajos, en los cuales no habia pensado en un principio, eran adiciones indispensables: si hasta entonces él no las habia reclamado, era como una consecuencia precisa de su natural repugnancia á quejarse: pero Mr. Favrol no podria negarse á acceder á ellas sin cometer una injusticia.

De esta manera trascurrieron algunos dias sin haber vuelto á saber del destajista. Su impaciencia convirtiósese bien pronto en una angustia mortal, y se decidió por último á ir á casa del arrendatario, que habitaba en un pueblecillo algo distante: pero no pudo verle, y se volvió mas inquieto á su quinta. A juzgar por las apariencias, debia creer que Mr. Favrol se habia negado á ejecutar el ensanche de sus dependencias, y que por lo tanto debia borrarle del libro de sus esperanzas. No tenia mas remedio que seguir echando mano de todos los recursos, y verse privado de hacer su fortuna por falta de un poco de dinero en su casa, ó de un poco de buena voluntad en la agena.

Lireux estaba completamente entregado al despecho que estas reflexiones le sugirieran, cuando oyó que le nombraron. Era el destajista que acababa de verle desde lo alto de un andamio, desde el cual vigilaba á sus obreros.

—Vamos, gritó, ya está hecho el negocio, señor Antonio.

—Qué negocio? preguntó este, que no se atrevia á adivinarlo.

—Qué torpe sois! El del cobertizo y el del ensanche de la cuadra.

—De veras! Consiente Mr. Favrol?

—El mes próximo empezaremos las obras.

—Pues hacedme el favor de venir y me lo contareis todo... os sacaré un vaso de lo bueno para que no se os seque la garganta! exclamó Antonio loco de alegría: yo necesito saber lo



que ha pasado, hasta en sus mas insignificantes detalles.

El maestro de obras bajó del andamio, y Antonio salió á su encuentro. Estesupo que Mr. Favrol se habia hartado de reirse, y que, sin oponer objecion alguna, habia encargado al destajista que formara el presupuesto detallado de todos los trabajos que debian hacerse.

(Traducción).

(Se concluirá.)

José Marco.

CRÓNICA DE PARÍS.

Sabido es que en el mes de Junio se encuentra en París todo menos parisienses, porque, lo mismo que en Madrid, es moda la emigracion de los indígenas.

Baden, Hambourg, Dieppe ó Tronville, son el sueño de la dama aristocrática y de la de mostrador, cuando llega el caluroso mes de San Juan.

Por mas que se han establecido baños cerca de París, á donde se llega en tres suspiros de locomotora, el caso es ver el Rhin, ó cuando menos el mar, lo cual suele arrancar á mas de cuatro la exclamacion de aquella sencilla hija de las orillas del Sena, que decia á una amiga suya: «¡Yo habia creido que el mar era mas pintoresco, pero lo he encontrado todo del mismo color!»

Los teatros cerrados unos y arrastrando los que quedan abiertos una vida lánguida, si se exceptuan el *Gran Teatro parisien* y el de *Varietades*, á los que acude el público atraído por la buena música que se *hace* en el primero, y porque nuestros compatriotas Arderius, Montañés y compañía, han caído en el segundo con mejor fortuna de la que ellos mismos esperaban.

Yo no sé si acertaron, sacando á escena la primera noche toreros y bandidos; lo cierto es, que á pesar de que la mayoría de los espectadores de la primera representacion, hablaba español, no faltó quien oyó á algun francés ratificarse en sus equivocadas opiniones respecto á las costumbres de nuestro país.

Las representaciones españolas no son fruta nueva en esta tierra, y si yo fuera pintor, describiria en un cuadro el éxito obtenido por nuestros compatriotas, de la manera siguiente:

Un moñetado hijo de San Luis, con un diccionario francés español en la mano izquierda,

sonriendo á los artistas y acariciando con la derecha la barba de Arderius. Paréceme que así explicaria claramente mi pensamiento, esto es, que los aplausos del público francés me parecen benévolos y casi *protectores*, si así pueden llamarse, pero nada mas.

Y no hay que decir que el público francés no es entusiasta, pero mas de lo suyo que de lo ageno, lo cual es muy natural. Léanse si no los periódicos del mes pasado, y en todos se hallarán exclamaciones de júbilo, gritos de triunfo, como si se tratase de la conquista de un reino.

Y en verdad, no me atrevo á calcular en qué se hubieran ocupado los revisteros de los *seiscientos diez y ocho* periódicos que se publican en París sin las recientes victorias del Gladiador, caballo que merece, á mi juicio, con mas motivo que el de antaño, ser nombrado senador.

Efectivamente, un caballo que ha tenido el privilegio de poner en movimiento millones de francos, miles de carruajes, miles de plumas, miles y miles de franceses y centenares de ingleses; que ha ocupado horas enteras el telégrafo, que ha enriquecido á unos y arruinado á otros, y que ha tenido la alta honra de que el mismísimo emperador de los franceses le haya pasado la mano por el lomo; un caballo cuya biografía y genealogía ha sido escrita por graves y concienzudos periodistas, dando lugar á polémicas acaloradas sobre si es hijo de *Monarca* ó misto de *Céfiro*, ó pariente del *Pegaso*; un caballo que ha inspirado á los pasteleros, sastres, modistas, peluqueros, etc., pasteles *gladiador*, corbatas *gladiador*, capas *gladiador*, peinados *gladiador*, díganme Vds. si es ó no acreedor al título con que Calígula adornó al suyo, que probablemente seria un caballejo de mala muerte, en comparacion con los de hoy, gracias, segun dicen, á las *carreras*, que perfeccionan y mejoran las razas.

El venturoso M. de Lagrange era llevado en triunfo por la multitud entusiasmada.

¡Feliz mortal el que lograba una sonrisa del envidiado propietario! ¡Dichoso el que conseguia pasar su mano por los lomos del vencedor á costa de inmensos trabajos y á peligro de ser aplastado por la muchedumbre!

Inglés hubo que ofreció mil francos por un poco de pelo del famoso caballo para hacer una sortija, y dos mil por un clavo de las herraduras que llevaba el animal el día de la victoria.

Pero hace mas daño un ejemplo que cien

sermone; así es que casi inmediatamente diez mil rocinantes que habían arrastrado hasta entonces humildísimamente dos mil trescientos coches de plaza, se cuadraron, diciendo: «somos caballos iguales á *Gladiador*, y nos plantamos.» Y los dos mil trescientos cocheros que los guiaban, fueron de su opinion, y los parisienses no encontraban un alquilon para un remedio, sufriendo de esta manera el castigo que merecen los aduladores.

Desde los tiempos de Felipe el Hermoso en que se contaban en Paris *tres* coches, hasta hoy que ruedan mas de seis mil públicos, sin contar los millares de ómnibus y carruages particulares, no habia dado ejemplo semejante de insubordinacion, la raza caballar. Tan cierto es que *la vanidad se apodera blandamente de los corazones mas humildes y recatados.*

Otro ejemplo de insubordinacion ha presenciado con espanto el público del Hipódromo.

Se anunciaba el *debut* de la gran boa de la India, presentada por Jaimati y Chevrier, y los parisienses corrieron á ver el terrible reptil, grueso como el muslo de un hombre, girando convulsivamente su cabeza á derecha y á izquierda, como buscando una presa. Cuando el público contemplaba enmudecido los movimientos del mónstruo, este, por un descuido de sus guardianes, se deslizó rápidamente, y se lanzó en medio de los espectadores.

Es imposible describir el terror que se apoderó de los circunstantes. Gritos de agonía, chillidos de angustia, ayes y lamentos por todas partes.

Por fortuna no ocurrieron desgracias, y á los pocos momentos la culebra fué encerrada de nuevo en su caja.

Hay que confesar que las recientes adulaciones prodigadas al caballo de M. Lagrange, han introducido el virus revolucionario entre los animales, y desgraciados de nosotros el día en que lleguen á conocer la ley Grammont, puesta hoy rigurosamente en vigor, y que tan severas penas impone á los que los castigan!

La emperatriz Eugenia ha señalado el corto tiempo de su rejenia, con un acto que ha merecido vivos aplausos no solamente de los artistas, sino tambien de la hermosa mitad del género humano, de que tan distinguida parte forman las lectoras de EL ANGEL. Nuestra ilustre compatriota ha conferido la condecoracion de la Legion de honor, á Rosa Bouheur, notable pintora de paisajes y de animales, distincion no

concedida hasta ahora mas que á las cantineras del ejército y á las hermanas de la caridad, que han arrostrado heroicamente los peligros, socorriendo á los heridos en los campos de batalla.

La emperatriz ha hecho mas: queriendo dar á su protegida testimonio especial de simpatia, ha ido de incógnito á la residencia de la artista y la ha condecorado por su propia mano.

A estas horas, ya se han echado á volar muchos nombres de artistas y escritores femeninos, á quienes se les considera tambien dignos del honor dispensado á la pintora favorecida.

El emperador, por su parte, para dar una prueba pública de asentimiento á lo hecho por su bella esposa, ha enviado á la nueva *caballera* el retrato de... *Gladiador*.

¡El Gladiador! por todas partes se le encuentra: es el *pan nuestro* de la temporada: pero á fin de no tropezar mas con él, ni esponerme tropezando á caer... en desgracia con mis lindas lectoras, que seria la mayor de mis desventuras, hago punto.

Jerónimo Lafuente.

Paris 1.º de Julio de 1865.

REVISTA DE LA SEMANA.

Pietrópolis.—Concierto en el Conservatorio.—Sentencia de muerte.—Un escritor loco.—Carolina Civili.—La corte en San Ildefonso.—Funerales y honores póstumos.—Campos Eliseos.—La cabeza del perro.

Muchas y grandes novedades traigo hoy á la prensa encaramadas á mi pluma como los gimnastas á la percha, para que una tras otra vayan bajando al papel, y mis lectoras puedan contemplarla en toda la brillantez de su grandeza.

Hablemos, ante todo, de Pietrópolis, ya que la gimnasia ha sido lo primero que me ha venido á las mientes.

Pietrópolis es un diablillo, ó por mejor decir, un diablazo, que se presenta casi todas las noches al público del Circo del Príncipe Alfonso, causándole no poca admiracion y á veces sonoras carcajadas. Figuraos, amables lectoras mias, un hombre que anda con los piés, con las manos, con el estómago, con la cabeza. Que salta en todas direcciones, que se hace un ovillo con la mayor frescura, que come á puntapiés y bebe á patadas. Pietrópolis no tiene hueso sano. En él la dislocacion está llevada á un extremo

verdaderamente asombroso. Puede darse un beso en el codo y una dentellada en los talones; y si no se muerde la nariz, es porque no se le ha ocurrido llegar á tanto, que no por falta de nariz ni de dientes, ni de agilidad en los músculos. Yo estoy temiendo que una noche se doble como una carta, y se meta él mismo en uno de sus bolsillos, y se vaya á su casa dejándonos vizcos. A Pietrópolis no le falta que hacer mas que una cosa; escribir con los piés para que el público le aplauda; pero sin duda Pietrópolis conoce bien el país á donde ha venido, y debe saber que eso no sería nuevo.

De todos modos, Pietrópolis merece una mirada de aprobacion por parte de las bellas, que son los jueces mas benignos para los artistas.

Y á propósito; ¿quién de vosotras estuvo la otra noche en el Conservatorio? Mr. y Mlle. Try eran allí los héroes de una fiesta, en la cual los amantes de la música pudieron quedar muy satisfechos. Desde las dulces melodías de Beethoven hasta *El recuerdo de Baden*, los dos violoncellistas arrancaron á sus sentimentales instrumentos notas de esas que llegan al alma y que no pueden traducirse al lenguaje vulgar, por mas que uno quiera espresarlas.

Entre las noticias *gratas*, digámoslo así, que voy refiriendo, hay una que causa espanto. Al menos á mí, lo confieso ingenuamente, no hay nada que me haya causado peor efecto, de mucho tiempo á esta parte, que las mil y mil voces que hace pocos días se escuchaban por esas calles de Dios, repitiendo estas palabras: *¡La sentencia de muerte de la criada de la calle del Pácar!*

Vicenta Sobrino ha sido, con efecto, condenada á la pena capital, y solo falta el fallo definitivo de los tribunales que apruebe lo que los jueces de la causa les proponen. Es esta una noticia ante la cual quisiera yo evitar los comentarios, por no caer en el disfavor de las personas que hacen alarde de rectas y justicieras. Comprendo que en esa célebre causa hay un gran criminal, y que su falta ha sido horrible; pero al saber que este criminal es una mujer, jóven y hermosa, segun dicen, no sé por qué el alma se revuelve contra una sentencia de muerte.

Al escuchar esta misma sentencia, Vicenta Sobrino manifestó una tranquilidad de ánimo verdaderamente asombrosa, dicen los que presenciaron el acto. Firmó aquel documento con seguro pulso, y despues fijó una mirada en el

escribano. Poco despues rompió á llorar, dió un grito, y cayó sin sentido. ¡Ah! nunca mejor que ahora se puede aplicar aquella conocida frase que yo he usado siempre en tono festivo y que hoy quisiera revestirla de mas gravedad que nunca. «Corramos un velo.»

Y una vez corrido, hablemos de una nueva desgracia.

Vazquez Taboada, un apreciable novelista, cuyos únicos delitos han sido poner títulos espeluznantes á sus obras, se ha vuelto loco. Al principio se creyó que su locura no sería mas que una ráfaga de esas á que son tan propensas las imaginaciones ardientes; pero por desgracia, el extravío de la razon de aquel jóven ha ido en aumento y no lleva trazas de acabarse tan pronto. Las mujeres, que tienen por costumbre llamarnos locos, cuando les decimos la verdad en verso, deben sentir conmigo una desgracia tan grande, sobre todo, para la familia del escritor.

Ocupémonos ahora de Carolina Civilí. No hace muchas noches asistí á su beneficio, para el cual dicha artista habia estudiado en español la comedia de Vega *«Una ausencia.»* Imposible me parecia que, sin tener conocimiento profundo de nuestro idioma, se pudiera llegar hasta donde Carolina Civilí llega en sus triunfos. Comprendo muy bien que Arjona se haya dirigido á ella con el objeto de que forme parte de la compañía que ha de actuar el próximo año cómico en el teatro de Variedades, y es de esperar que en dicho teatro pasaremos agradabilísimas veladas.

La corte está en la Granja. La gente de buen tono ha tomado el camino de San Ildefonso. Segun una carta que he visto en un periódico anteayer, la temperatura en aquel sitio, no puede ser mas agradable. Hace pocos días, la nieve coronaba las montañas.

El día 3 se verificaron los funerales por el alma del duque de Rivas. Multitud de personas conocidas en los círculos literarios y en la buena sociedad de la corte, acudió á manifestar por la última vez el cariñoso y profundo respeto que el ilustre finado le merecía. En la segunda reunion habida en el teatro de la Zarzuela, se aprobó la carta redactada por el señor don Patricio de la Escosura, y que los amantes de las letras dirijen á la duquesa viuda, se dió un voto de gracias á la comision nombrada para acordar las bases de manifestacion tan merecida, y quedó dispuesto que fuese dedicada á la memoria del ilustre patricio la representacion de

Don Alvaro, en el teatro del Príncipe. Acudieron casi todos los escritores de Madrid.

En los Campos Elíseos continúa la afluencia de gente, á pesar de que el tiempo procura evitarnos la diversion que en los Campos se nos ofrece.

Y ahora que de esto nos ocupamos, bueno será repetir aquí la pregunta que otros periódicos han hecho á la empresa. ¿Por qué han de entrar los carruajes en los jardines, causando no pequeño susto á las señoras y aun desgracias, á veces?

Mas de una suscritora me ha encargado que intime á la empresa de los Campos el pronto remedio á este, que bien puede llamarse daño; pero el revistero no manda, suplica.

Terminemos estos renglones con una historia del día.

Parece que una mujer, á quien tenían desesperada los desdenes y malos tratamientos de su marido, que solia entregarse en cuerpo y alma á los placeres del vino, acudió á la ciencia de cierta amiga suya, que segun voz y fama posee los secretos de la nigromancia y mágica blanca, para lograr que los hombres quieran á las mujeres, y vice-versa. Al efecto, la sábia mujer dijo á la esposa que tostase la cabeza de un perro, la picase hasta reducirla á polvo, y echara polvo de aquel en la sopa que debia comer el desdenoso marido.

Dicho y hecho; se cojió á un perro, se le tostó y picó cuidadosamente la cabeza..... y cuando aquel hombre observó que la sopa sabia á perro quemado, lejos de apasionarse de su esposa, estuvo á punto de comérsela para postre. Los tribunales han entendido en el asunto.

El caso es tan original como ridículo. Si yo supiera que con polvos de cabeza de can tostada habia de conquistar el corazon de mas de una ingrata, juro por mi pluma de revistero que dentro de ocho dias no se encontraria un perro en Madrid, pues desde este momento me dedicaria á cojerlos con lazo.

Eusebio Blasco.

LABORES.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

Número 1. Cuello para bordar sobre batista tupida, á plumetis, punto de armas y feston, con calados de Alenzon.

Núm. 2. Puño correspondiente á dicho cuello. (Algodon números 40 y 50.—Hilo de calados núm. 700.)

Núm. 3. Punta de pañuelo para bordar á plumetis, punto de armas y con calados de Alenzon.—(Algodon núm. 90.)

Núm. 4. Mitad de una bolsa de caza para bordar en soutache.

Núm. 5. Tira para bordar en soutache con feston al borde.

Núm. 6. Mitad de un velo de Virgen para bordar en aplicacion sobre muselina y tul de Bruselas, con calados por la parte que va marcada con crucecitas. Se toma de la letra A á la letra A para alargar el bordado, y de la letra B á la letra B para ensancharlo.

Núm. 7. Entredos para pantalon, para bordar con soutache sobre percal: los cuadros se rellenarán con malla que se sujetará por medio de un feston.

Núm. 8. Tira á feston y bordado inglés para camisa.

Núm. 9. Tira á feston y plumetis para guarnicion de camisola.

Núm. 10. V. M., á plumetis, para pañuelos de batista.

Núm. 11. H. D., enlazadas, á feston y punto de rosa, para almohadas.

Núm. 12. Helene, á plumetis.

Núm. 13. G. V., enlazadas, á feston, para almohadas.

Núm. 14. G. V., enlazadas, á feston, para sábanas.

Núm. 15. A. B., á plumetis, para pañuelos.

Núm. 16. Catherine, á plumetis.

Núm. 17. Christine, id.

Núm. 18. Josephine, id.

Núm. 19. Pauline, id.

Núm. 20. E. P., góticas, para servicio de mesa.

Núm. 21. M. L., enlazadas, á plumetis, para almohadas de batista.

Núm. 22. L. L., enlazadas, género de Luis XV superadas por una corona rusa para almohadas.

Núm. 23. Anna, á plumetis.

Núm. 24. Victorine, á plumetis, para pañuelos.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, José Marco.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.